

EL SIGNIFICADO DE LA "POSTMODERNIDAD" Y DEL "FIN DE LA HISTORIA" EN EL CONTEXTO DEL PROCESO DE PLANETARIZACIÓN MUNDIAL

Raúl Domingo Motta

Este artículo reproduce una conferencia del autor en la Comisión de Ciencia y Tecnología de la Honorable Cámara de diputados de la Nación, realizada a fines de 1988 y posteriormente modificada mediante la incorporación de nuevas notas.

No se puede comprender la diversidad de temas, dimensiones y problemas que los debates sobre la "Postmodernidad" y sobre el "Fin de la Historia" abarcan, sin tomar en cuenta el actual proceso de planetarización mundial.ⁱ

Sobre todo cuando estos temas se han instalado hace ya tiempo en el espacio sociocultural argentino, anticipándose en algunos casos y superponiéndose, en otros, a la problemática de la realidad del nuevo escenario internacional.

Esto, entonces, predispone a una doble tarea. Porque si es verdad que América Latina y el Caribe todavía no encuentra su propia versión de la modernidad occidental, hoy aparece simultáneamente el inconveniente, el problema, de estar excluidos de la postmodernidad y del Fin de la Historia. Sin embargo, también es curioso que esta exclusión no evitó lanzar, sin retorno, a todo el continente al proceso de planetarización mundial.ⁱⁱ

Según algunos discursos postmodernos, América Latina y el Caribe no podría disfrutar de esta particularidad porque, en la región, apenas se vive la modernidad como condena o, en el peor de los casos, como fracaso. Tampoco puede participar del Fin de la Historia, porque este fenómeno es exclusivo del pequeño círculo de países superdesarrollados.

Así que si fuera por ello, se podría ahora mismo dar por terminada esta cuestión, dado que son temas que no nos competen.

Sin embargo, es ya una costumbre, o al menos lo fue hasta ahora, para estos pueblos, el estar excluidos o ser excéntricos de los sistemas filosóficos, de los modelos ideológicos y de las construcciones políticas y económicas que se han elaborado en la modernidad occidental.

Pero tal vez, esa condición excéntrica, orbital o satelital de la moderna matriz productora de historia, es la que permite comprender y ver en profundidad este proceso de globalización, en

forma simultánea a la saturación del proyecto moderno. Y así, sorpresivamente, América Latina y el Caribe es postmoderna sin esmerarse por ello.

La palabra planetarización es un término que suele aparecer en los discursos que intentan signar lo que está sucediendo en el mundo. Sociedad tecnocrática, Sociedad postindustrial, Tercera Ola, Aldea global, Sociedad post-histórica, Sociedad informatizada, Computopía, son algunos de los neologismos, términos híbridos y prefijos que, con suerte diversa, señalan el advenimiento de una nueva era, época o, en todo caso, un fuerte tránsito hacia un cambio muy singular y abarcativo.

En los recientes ensayos sobre relaciones internacionales, "planetarización" es utilizado como un término sinónimo de transnacionalización integral de las actividades humanas en plena evolución.

Así, Rosenau, entiende que las relaciones internacionales no son conducidas por los gobiernos; éstos han sido reemplazados por individuos, grupos y sociedades privadas con importantes implicancias en los acontecimientos políticos, entre ellos, una fuerte interdependencia transfronteriza y transgubernamental.ⁱⁱⁱ

Sin embargo, en este trabajo, la palabra planetarización es una categoría de análisis que agrupa una constelación de conceptos:

1. Planificación global.
2. Aplanamiento de las relevancias y gobernabilidad mundial.
3. Errancia y satelización de la aventura de la humanidad.
4. Hiper cambio.
5. Nuevos criterios de organización humana.

Este proceso de planetarización significa para la humanidad, por primera vez, la integración entre las concepciones del mundo y la organización del planeta. Pero contiene, dentro de sí, una cuestión mucho más profunda: la transfiguración del proyecto de la modernidad en un nuevo orden global que velozmente ha comenzado a emerger. La complejidad del proceso y las dimensiones que contiene, conjuntamente con la velocidad interactiva de los cambios que implica, dan la sensación de que vivimos en un escenario frenético, azaroso, catastrófico, caótico e incierto. Pero a medida que esta situación de tránsito genera emergencias sincrónicas, comienza a observarse una especie de

lógica compleja en los hechos. El impacto de este proceso dentro y fuera de Occidente es difícil todavía de evaluar, pero hasta el momento implica la transmutación de muchos valores y creencias, así como el cuestionamiento y la crisis de muchos principios y modelos de organización. En relación a esto, la crisis ideológica y la obsolescencia de instituciones y formas de gestión política y social son efectos superficiales.

Tal vez por ello, Peter Drucker sitúa el inicio del siglo XXI a principios de la década del setenta, momento en el cual el proceso de planetarización comienza a evidenciarse.^{iv}

Pero lo que permite una mejor aproximación al sentido de la emergencia del fenómeno de la postmodernidad y del discurso del fin de la Historia es comprender que la manifestación de la planetarización, como proceso mutacional integrativo, da por agotado el proyecto de la modernidad occidental. Históricamente, este proyecto arranca con la creación de los Estados Nacionales y continúa hasta la expansión imperialista, terminando en el proceso de descolonización.

En la actualidad se observa un proceso simultáneo de montaje y desmontaje de distintas realidades que permitirían plantear la hipótesis de la existencia de una capacidad de toma de decisiones y de mecanismos de gestión política sofisticados^v.

El fenómeno de la Postmodernidad y el discurso sobre el Fin de la Historia, son expresiones del

agotamiento del proyecto moderno como matriz paradigmática de universalización y, a su vez, pertenecen a un fenómeno en el cual este proyecto es reconfigurado en un proceso mucho más complejo que, lejos de asumir a la homogeneización expansiva como mecanismo, retoma, dentro de sí, el impacto cruzado de la diversidad cultural y civilizatoria, mediante nuevas formas de control, con el fin de disipar su creciente entropía socioorganizacional.

Prueba de ello es la significativa importancia que paulatinamente va cobrando la riqueza que encierra la diversidad de civilizaciones y culturas provenientes del interior y el exterior de occiden-

te en la conformación de los regionalismos, porque expresan la real pluralidad de temporalidades hasta hoy reprimidas. Se puede observar, por ejemplo, como en la Unión Europea, la cuestión geocultural va tomando una importancia estratégica a la par de los temas económicos y estructurales de la integración europea.^{vi}

La postmodernidad es, decíamos, el signo del acabamiento del proyecto moderno como herramienta para el ordenamiento del poder global. Este agotamiento es vivido, por los actores del proceso, como una crisis por saturación e implosión, que promueve la fractura del soporte del proyecto moderno, cualquiera fuese la región donde éste se ha instalado por medio de la fisonomía del estado nación.

También es cultural e ideológicamente, un paulatino socavamiento del dispositivo estructurante del sentido que sostiene a la modernidad occidental.

Los elementos que conforman este dispositivo son:

1. La crítica a las tradiciones premodernas.
2. El sentido unitario, reductivo y evolutivo de la Historia.
3. El orden mecánico como paradigma organizacional y cosmológico.
4. El sujeto racional como fundamento y dominio del protagonismo histórico y natural.

Cuadro 1

ALTERNATIVA	ESTRATEGIAS
¿Volver a los orígenes?	Neofundamentalistas y neome-siánicas.
¿Retener los valores de la modernidad y buscar un punto de fuga?	Conservadoras y neomodernas.
¿Declarar el fin de la historia y dar un paso al costado sin responsabilizarse por el futuro ni por el pasado?	Finalismo y decadentismo norteamericano. Pensamiento cool centroeuropeo. Nihilismo o ideologías agonales.
¿Trabajar en función de un renacimiento incorporando la incertidumbre, la ambivalencia, las paradojas, la autocrítica y el afuera?	Emergencia de redes sociales informales. Nuevas formas asociativas en relación a las nuevas escalas de organización humana.

5. La continuidad evolutiva y lineal como metáfora figurativa del tiempo (geometrización de la temporalidad).
6. La sobrevaloración del cambio y su vinculación con la idea de revolución como salto mesiánico.
7. La ciudad como patio de los objetos, es decir, un espacio aislado y normado para el bienestar material.
8. La sustitución de la idea de revelación cristiana por la idea de desarrollo histórico. Y la invención del futuro como espacio de realización del paraíso terrenal.
9. El estado moderno como resolución superior del orden cívico, socioeconómico y militar, por arriba de las comunidades y los espacios étnicos y culturales.
10. La libertad como posibilidad de librarse de toda tutoría mediante el dominio del conocimiento y la técnica.

El debate postmoderno gira, entonces, sobre el reconocimiento, explícito o no, de la obsolescencia de este conjunto de elementos como productores de sentido y en segundo lugar como fuerzas motivantes para el sacrificio personal.

De todos ellos, los más sensibles y ejemplificantes corresponden a dos fuertes desencantos que, en realidad, son las dos caras de una misma moneda: el progreso improductivo o el mito del desarrollo como manifestaciones de la crisis de la noción de futuro y el desprestigio de las ideologías salvacionistas.

Si Quevedo, en el momento de la consolidación del proyecto moderno, como espectador periférico, expresó:

Nada me desengaña, el mundo me ha hechizado.

Hoy el hombre contemporáneo, periférico de sí, puede expresar, como síntesis de esta crisis por saturación:

Nada me hechiza, el mundo me ha desengañado.

El hechizo del proyecto moderno se había consumado en la transmutación temporal que sufren las ideas de evolución y revolución. A través de la certeza sobre el dominio de la historia y de la naturaleza, la modernidad creía haber colonizado el futuro con la misma facilidad con que colonizó el espacio presente. Esta certeza es asumida por dos ideologías, el liberalismo y el marxismo, en busca de la ilusión del paraíso profano; mediante una procesión de hechos justificados, o por la ley del mercado, o por la ley de la historia. La dialéctica o la mano invisible eran los reemplazantes de Dios, que ya hacía mucho que no servía para justificar los medios empleados. La otra alternativa a estas dos versiones fue sólo una sangrienta desviación, el fascismo. El siglo XX es el teatro en donde las utopías de la modernidad se transmutaron en fracaso, mediante la "biodegradabilidad" del mesianismo geometrizable que las sustentaba.

Michel Rocard, líder del Partido Socialista francés y ex-primer ministro de Francia, expresa esta idea diciendo:

El socialismo democrático terminó con la dimensión mesiánica y con las recetas de programas de liberación llave en mano, que tenía el socialismo en sus orígenes.^{vii}

Cuáles son las conclusiones después del hechizo y que impiden el encanto:

1. La ciencia no sólo ilumina sino también ciega.
 2. La civilización también contiene la barbarie.
 3. La razón también contiene a la locura y a la sinrazón.
 4. Lo Uno contiene también a lo Otro.
 5. Lo perfecto a veces es monstruoso.
 6. El orden también contiene al desorden.
 7. La proliferación de conocimientos y de objetos no nos hace ni más sabios ni más felices.
 8. Todo nuevo refugio es una antigua trampa.
- El estallido de la modernidad no se manifestó sólo al este de Berlín sino también al oeste. En el este, el mecanismo fue la saturación del control. En el oeste, es la saturación de lo real y la metástasis del ego.

Las discusiones sobre la postmodernidad y el fin de la historia son síntomas de esta crisis dentro del despliegue de la planetarización.

¿Cuál es la estrategia que las sociedades latinoamericanas podrían asumir frente a la incertidumbre y las paradojas que este proceso mutacional genera? (Ver Cuadro 1)

Cuadro 2

TEMPORALIDAD	VIVENCIA
premoderna	petrificación e indiferencia
moderna	arrogancia y desasociado
postmoderna	nostalgia y cinismo

¿Dónde ubicarnos, nosotros que sufrimos, en nuestro continente, la superposición de tres tiempos? (Ver Cuadro 2)

La respuesta no sólo es personal sino también provisoria: frente a este desafío no deberíamos ubicarnos en ninguna de estas resoluciones. Deberíamos asumir el fin del fin. Así, con la experiencia de haber pretendido ser y solamente poder estar, y con la habilidad de vivir casi sin expectativas, tal vez sería posible desarrollar una especie de intemperie prudencialista para que, a través de un esfuerzo desactivante de nuestros traumas sociales e ideológicos, podamos transformar nuestra fantasía en imaginación social y en convivencia creadora.

Para ello habría que fortalecer nuestra capacidad de orientación histórica, con el fin de poder dialogar y construir, desde una alternativa aural, en un contexto donde el postmodernismo y el determinismo sólo alimentan las paradojas que contiene el propio proceso de planetarización, sin asomarse al fondo de la cuestión del cómo vivir y del cómo morir, cuestión sólo tomada en cuenta en los debates referentes a la calidad de vida. Porque se observa que, en función de los nuevos términos de intercambio con el mundo desarrollado que ya se avizoran en el horizonte del proceso planetario, se pretende exportar entropía camuflada de innovación tecnológica, a cambio del vitalismo y de la creatividad de nuestra diversidad y excentricidad cultural, todavía intacta a pesar de todo. □

ⁱ El término postmodernidad expresa en el ámbito de los países desarrollados una idea de epigonismo. Es la vivencia de una época saturada de producción de cosas y eventos. Una época donde se afirma la plena conciencia de la gravedad de la entropía socio-cultural y organizacional de una civilización que inaugura la era planetaria. La frase "Fin de la Historia" hace referencia a la tesis de Francis Fukuyama, "¿El fin de la Historia?", originalmente editada en la revista norteamericana *The National Interest* de junio de 1989. Esta visión filosófica de las relaciones internacionales ha generado un debate internacional, en donde las calidades de los actores y el actual momento de cambio, con su complejidad de percepción, genera un marco de gran significancia.

ⁱⁱ Cfr: Motta, Raúl: "La errancia planetaria". Boletín de la Comisión de Ciencia y Tecnología de la H. Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, mayo de 1989.

ⁱⁱⁱ Cfr: Rosenau, J.: "The study of global interdependence. Essays on the transnationalisation of World Affairs". Francis Pinter Ltd., Londres, 1980.

^{iv} Entre los años 1968 y 1973, maduran las visiones y las estrategias vinculadas a la necesidad de buscar un consenso de gobernabilidad mundial entre los actores principales del poder internacional, con el objeto de reconfigurar los desequilibrios macroestructurales, tanto económicos como políticos, que puedan ser fuentes potenciales de una crisis no prevista e irreversible a nivel civilizatorio. Por ejemplo, desde el punto de vista prospectivo, Peter Drucker afirma que el período 1968-1973 es un punto de inflexión en el devenir mundial. Según Drucker, así como el período 1868-1873 es el fin del siglo XIX por la concentración de una variedad de eventos, entre ellos el fin de la era liberal, el período 1968-1973 determina el fin del siglo XX, que coincidiría entre otras cosas con el agotamiento del Estado como modelo de organización y generación de progreso. Cfr: Drucker, Pe-

ter: "Las nuevas realidades". Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

^v Cfr: Ford Hurtado, Alberto: "Crisis: ¿Naturaleza o Artificio?". Boletín de la Comisión de Ciencia y Tecnología de la H. Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, mayo de 1989.

^{vi} La cuestión de la unificación de la Comunidad Económica Europea ha generado una corriente de analistas que tratan la "Europa de lo posible". Sus análisis y criterios para la unificación, ponen el acento en la importancia y la riqueza potencial que contiene la diversidad de culturas, tanto las transnacionales (germánicas, latinas, eslavas) como las culturas nacionales y locales (microculturas), en el proceso de unificación europea. Se trata de reflexionar sobre la aplicabilidad de políticas y estructuras organizativas que respeten el principio de la unidad de lo diverso, en donde la heterogeneidad cultural, lejos de ser un obstáculo, es fuente de riqueza y neguentropía.

^{vii} Rocard, Michel: "El fin del mesianismo". Nueva Sociedad No. 103, Venezuela, septiembre-octubre de 1989.